

El proyecto moral de la era tecnocrática y su filosofía del poder mundial

Mario C. Casalla

Introducción

Cuando uno estudia con cierto detenimiento la bibliografía más asequible, en idioma español, sobre el tema de la ciencia y de la técnica, no deja de experimentar la sensación de un notable retraso. Lo mismo ocurre en el terreno de la denominada “filosofía política”. Dicho retraso toma la forma de un *desfasaje con la realidad inmediata de la ciencia y de la política*; es como si la reflexión filosófica estuviera, aproximadamente, a cincuenta años de lo que en realidad está pasando. La distancia no es por cierto cuantitativamente enorme, pero sí lo es en el terreno de la calidad. En estos últimos cincuenta años, precisamente, han ocurrido acontecimientos de tal magnitud en esos ámbitos, que obligan necesariamente a resituar la reflexión filosófica sobre la ciencia, la política y los problemas sociales en general. La “Revolución Industrial” del siglo XIX ya ha sido largamente superada como forma de organización económica-social; mucho más lo es, en el terreno de las ideas políticas, la “Revolución Francesa” del XVIII y el problema de la ciencia —a partir de la creciente tecnificación y de la aparición de ese orden social nuevo— se plantea en un terreno por completo diferente. En otras palabras, ello equivaldría a afirmar que: la “producción” ha dejado de ser el principal motor de la actividad económica; la democracia liberal-burguesa ya no puede contener el tremendo contenido de la sociedad contemporánea y la ciencia está directamente ligada al consumo y a la política. Todo ello, sobre un telón de fondo emergente que demuestra mucho más aún la vertiginosa desadecuación de ciertas categorías de la filosofía política y social. Bástenos al respecto citar la disuasión nuclear y los tratados que la regulan; el terrorismo y la violencia organizada como formas de contragobierno y de gobierno; la tendencia cada vez más sinárquica de la cúpula de poder mundial; los angustiantes problemas

derivados de la energía y los recursos naturales; el emerger conflictivo de los pueblos con un atraso relativo en el desarrollo histórico. Estos pocos ingredientes –a los que podría agregarse una lista mucho más extensa–, muestran por sí solos que la filosofía social y política que en general se enseña y escribe en nuestros días, directamente no da cuenta de esos nuevos problemas (aunque, por omisión, los exprese). En efecto, ¿qué sentido tiene por ejemplo agotarse en la descripción de las diferentes “ideas políticas”; cuando la política tiene cada vez menos que ver con la ideología y mucho más con el poder?, ¿o qué nos enseñan hoy aquellas reflexiones precursoras sobre la ciencia y la técnica que hicieran, hace cincuenta años, Heidegger, Marcel o Jaspers? Por cierto que, en este último caso, conservan toda la frescura y toda la verdad de una denuncia o de una profecía cumplida. Lo que Heidegger, por ejemplo, anunciara en *La época de la imagen del mundo* de 1938, es hoy una verdad realizada. La ciencia ha cumplido integralmente su ciclo de tecnificación y la sociedad, que posibilitó y reclamó dicho proceso, ha instalado ya un nuevo tipo de hombre.

Inexplorada todavía por la filosofía, esa nueva realidad es sustancia del comentario periodístico o de alguna que otra investigación precursora en el terreno de las denominadas ciencias sociales. Es cierto aquello tantas veces dicho de que “la filosofía viene por detrás”; pero no lo es menos el hecho de que esa falta de reflexión filosófica, impide el acceso a un nivel más profundo del análisis. Reparando en este último, no vendría mal echar un párrafo sobre la “era tecnotrónica” y el proyecto moral que la misma supone. Todos los días se dan noticias de esto en los diarios y no siempre se las mide en toda su intensidad.

Primera parte: el triunfo de la “nueva derecha”

Fue en el comienzo de la década de los sesenta cuando un grupo de investigadores en ciencias sociales –principalmente en los EE.UU.–, comenzó a hablar de la que se denominó “revolución post-industrial”. Querían con esa denominación caracterizar una *nueva era* que estaba siendo inaugurada en los países occidentales superdesarrollados, la cual implicaba la superación del

“industrialismo” iniciado en el siglo anterior. *Daniel Bell*, profesor de la Universidad de Columbia, y *Dónala Michael*, de Michigan, cumplieron en este sentido una labor de pioneros. El primero marcó propiamente los inicios con la publicación de su obra *La revolución postindustrial*, y es creador de ese término. De inmediato la discusión se generalizó en los círculos intelectuales reducidos y se asoció el desarrollo de este tipo de idea (y las políticas que le son conexas) a lo que se denominó una “nueva derecha” o una “nueva izquierda”. Tanto la una como la otra desertaban de los tradicionales moldes clásicos (capitalismo y marxismo) y buscaban expresar con nuevas categorías esa realidad “postindustrial” que habían acotado; en un caso (nueva derecha) porque se vislumbraban en ella contenidos positivos; en otro (nueva izquierda), porque designaba lo que había que superar. Pero en ambas circunstancias la clave era anunciar el nuevo proceso que se avecinaba: una civilización con un alto grado de bienestar económico, en la que la ciencia y la técnica darían el tono.

Daniel Bell caracterizó de esta manera, lo que él denomina las “cinco dimensiones de la sociedad postindustrial”: 1º) la creación de una economía de servicio; 2º) el predominio de una clase profesional y técnica; 3º) la prioridad del conocimiento teórico como fuente de innovación y de decisión política en la sociedad; 4º) la posibilidad de un crecimiento tecnológico autónomo; 5º) la creación de una nueva “tecnología intelectual”.

Según Bell estos elementos tienen contenidos altamente positivos para el hombre y son enteramente compatibles con las formas de la democracia occidental. Para la “nueva izquierda”, en cambio, se trata de la aparición de una tendencia nefasta para la vida humana ya que dicho proceso no conduce a la libertad, sino a una forma más sofisticada aún de conculcación. Acertadamente describe Stanley Rothman la actitud inicial de esa “nueva izquierda” en estos términos: “Para la nueva izquierda las naciones capitalistas avanzadas, de Occidente, y la Unión Soviética habían creado estados burocráticos corporativos, en los cuales la clase trabajadora había sido comprada, pero en la que los seres humanos habían sido reducidos a espigas de una rueda dentada de máquinas

burocráticas gigantes. Ambos esquemas ahogaban el real poder creador del individuo y su facultad de desarrollarlo, y creaban falsas necesidades, a fin de mantener trabajando a la máquina económica burocrática. Las personas no eran más dueñas de sus destinos, sino más bien estaban sujetas a los controles burocráticos, sobre los cuales no tenían ninguna o muy poca influencia. Lo que se precisaba, de acuerdo con los nuevos teóricos, era un cambio fundamental de ambos sistemas para reafirmar la individualidad humana o, más bien, crear una nueva individualidad. El camino hacia esta nueva individualización consistía en eliminar la burocracia y en descentralizar la toma de decisiones, valiéndose de la creación de pequeñas comunidades independientes integradas por individuos (comunidades), que comprenderían la plena participación de todos los asuntos que los afecten. Estas ideas comenzaron a cobrar todo su prestigio a mediados de esa década de los años sesenta y tuvieron su culminación, más o menos explosiva, en el "Mayo de 1968" Parísino. Allí, los estudiantes de la Sorbona y de otras universidades e institutos franceses quisieron probar que ellos eran esa "nueva clase revolucionaria" que llevaría "la imaginación al poder". Fracasaron, aunque esa "apuesta al desorden" (como algunos la llamaron) fue un duro toque de atención en la conciencia de las democracias o socialismos industrializados. Años más tarde lo sería el embargo petrolero de 1973. *En ambos casos, la opulencia del desarrollo mostró parte de su muy oculta vulnerabilidad.* En uno afloró la insatisfacción social que producía en las capas más necesitadas de *esperanza* (la que no debe ser confundida con el "confort"); en otro, la debilidad energética básica y los tremendos e ingenuos supuestos sobre los que descansaba toda su "racional" estructura productiva (petróleo inacabable y barato). El año 68 Parísino y el '73 árabe fueron duros golpes en el "narcisismo" del mundo superdesarrollado; sin embargo, más que al triunfo de la contestaria "nueva izquierda", ello sirvió para fomentar la lucidez de su "nueva derecha". Los primeros se agotaron en el desorden y en una conciencia utópica y voluntarista del cambio social; los segundos supieron aceptar mucho mejor el desafío de lograr un "nuevo equilibrio" y fomentar "nuevos diálogos". Los seis últimos años de la política internacional son una prueba fehaciente de esto; mientras que la "nueva izquierda" está cada vez más reducida a su papel *contestario* (lo que le da magnetismo, pero

le resta autoridad real), la “nueva derecha” construyó pacientemente (aunque a los tumbos) un nuevo andamiaje del poder. La “trilateralización” del poder occidental (EE.UU.-Europa Occidental-Japón); la concreción de los acuerdos SALT (URSS-EE.UU.); las “cumbres económicas occidentales” (americanos y europeos industrializados); el planteo de un “nuevo diálogo Norte-Sur” (entre ese mundo industrializado y las naciones pobres de la Tierra); la “incorporación” de China al elenco de los intereses occidentales (reanudación de sus relaciones con los EE.UU., desmaoización, tratado de paz con Japón, caída de la “cortina de bambú” e incorporación de la tecnología occidental); la bandera de los “derechos humanos” como forma de movilización ideológica y “nueva imagen” de *capitalismo social*, son todos estos claros indicios de que la “nueva derecha” resurgió como el ave fénix de sus propias cenizas. De alguna manera podría decirse que este nuevo “capitalismo social avanzado” absorbió la crítica social del estudiantado francés y la advertencia árabe y generó nuevos instrumentos de *negociación* sin perder el rol preponderante que ocupaba en la mesa. Esto habla de una capacidad de reacción nada desdeñable que vuelve a colocar en tela de juicio las fantasías marxistas respecto de la extinción inexorable del capitalismo. Los “muertos” que decretaron los estudiantes de París al calor de algunas ideas renovadoras, diez años después, “gozan de buena salud”.

La “era tecnotrónica” y el pensamiento de Brzezinski

Cuando en los comienzos de los años sesenta afloraba toda esta polémica, Daniel Bell –como vocero casi único de esa “nueva derecha”– sólo podía oponerle a su similar de “izquierda” una profecía cargada de futuro: la ciencia y la técnica, que darán cada vez más la tónica de lo que se viene, también tienen su nueva y propia lógica y, a su manera, también harán una revolución. Se va gestando –anunciaba hace ya 15 años– una *nueva clase* de personal técnico y muy especializado que irá conformando un nuevo manejo y una nueva concepción del poder; al mismo tiempo mostraba que dichos técnicos poco tenían que ver con los intereses y las formas tradicionales imperantes en las sociedades capitalistas y que, cuando éstos lograsen aquellos lugares de decisión política,

se advertirían cambios sustanciales y propios de la sociedad postindustrial. La profecía se habría de cumplir con el acceso de la *administración Carter-Brzezinski* al gobierno de los EE.UU.

Sabido es que el triunfo electoral del ex gobernador de Georgia, Jimmy Carter, y su posterior ascenso a la Casa Blanca en 1977 como mandatario de la primera potencia occidental (los EE.UU.), es algo más que una victoria del Partido Demócrata. Es el triunfo de un grupo de intereses constantes, antes que de un determinado sector ideológico: la "Comisión Trilateral" (fundada en 1973) es quien gana las elecciones de 1978 y no el Partido Demócrata. Esto, por lo demás, marca el triunfo de una tendencia creciente que ya se venía manifestando en los EE.UU. como "conejiillo de Indias" del mundo occidental: el declinar de los partidos políticos tradicionales como forma de expresión de los intereses sociales en pugna. En la elección de Carter como presidente de los EE.UU., sufrió su primera derrota el sistema bipartidista allí imperante (demócrata-republicano) ya que el triunfo se lo llevó un nuevo *sistema de poder* que se expresaría *con y por sobre* la decisión de las urnas. La "Comisión Trilateral" supo elegir candidatos (después del Watergate y Vietnam, tenía que ser un demócrata) y lo rodeó de un *staff* homogéneo de ejecutores. Junto con Carter entraron en la Casa Blanca aquellos teóricos de la "nueva derecha" que en el 68 habían tenido que resignar posiciones. Tendrían su "Mayo" y lo están ejecutando; sin piedras, altavoces ni paredes pintadas, pero con una alta dosis de transformación social. Como aquellos teóricos de la "nueva izquierda", descubrieron la naturaleza de esta nueva *era* que se inicia; ahora quieren aportar sus soluciones. Aquí es importante reparar en la figura del judío-polaco (nacionalizado norteamericano) *Zbigniew Brzezinski*, asesor de política exterior del presidente Carter y verdadero "cerebro gris" del gabinete. Con él se instaló en Washington (y en la conducción de la primera potencia occidental) la "Comisión Trilateral" de la que fue su primer presidente. De esta sociedad política hablaremos más adelante, ahora nos referiremos a Brzezinski y a su concepto de "era tecnocrónica".

Zbigniew Brzezinski es un intelectual, un investigador y docente universitario y como tal participó de todo el debate político-ideológico de

los años sesenta generados en torno del presente y futuro de la “sociedad postindustrial”. Su reconocimiento a Daniel Bell es explícito y su aporte principal a la polémica –*La era tecnocrática*, obra escrita como investigador del Instituto de Asuntos Comunistas de la Universidad de Columbia– apareció en el año 1969, en pleno éxito de la “nueva izquierda”. Esto explica por qué recién alcanzó su éxito y difusión años más tarde y una vez fracasado el aluvión Parísino. Brzezinski es uno de los intelectuales más lúcidos de la “nueva derecha” americana y ahora, desde su puesto en la Casa Blanca, el más sistemático impulsor de sus postulados. Hasta el año 1976 –fecha en que asumió la “tutoría” de la campaña presidencial de Carter– era sólo conocido en los círculos intelectuales y universitarios y prácticamente un desconocido en la política. Una vez en la función pública, formó un equipo de 24 profesionales consultores con una edad promedio de 38 años (al momento de asumir). Con él entraron a la sede del Ejecutivo norteamericano, Bob Pastor (30 años, recién doctorado en Harvard, a quien le confió las “cuestiones de América Latina”); Michael Okseberg (33 años, graduado en Michigan y encargado del “área China”) y William Quandt (35, formado en la Rand Corporation). Son algunos de sus hombres de mayor confianza, con los que constituye un verdadero “gabinete dentro del gabinete” (cosa que ya ha generado roces visibles con otros integrantes del elenco georgiano de Carter). Mantuvo a algunos de los funcionarios del equipo Kissinger –de los que se aseguró lealtad–, pero fue lapidario en cuanto al juicio de su predecesor: “los tiempos que vienen son para arquitectos, no para acróbatas”. Por cierto que, para las viejas figuras de la administración, estos jóvenes de la “nueva derecha”, son la “izquierda”: “grupo compacto de niños sureños”, los llaman los industriales privados del Norte; mientras que los más conservadores recuerdan que “casi todos ellos participaron hace años en las manifestaciones hippies, contra la guerra de Vietnam y en las pugnas ambientalistas”.

Brzezinski es continuador de la línea inaugurada por Daniel Bell, pero profundiza sus apreciaciones y saca consecuencias más radicales y más directamente políticas. A este nuevo fenómeno que Bell bautizó “sociedad postindustrial”, Brzezinski prefiere denominarlo “era tecnocrática” porque ese neologismo (asociación de “tecnología” y “electrónica”) “transmite –según él– de

modo más directo la naturaleza de los impulsos principales que favorecen el cambio de nuestra época. Asimismo, el término *industrial* describió lo que podría haberse denominado era *postagrícola*. Veamos qué describe esta imagen de “era tecnotrónica”. En principio, *la “sociedad tecnotrónica” es una fase avanzada de la hasta ahora denominada “sociedad postindustrial”, aquella en la que “el impacto de la ciencia y de la tecnología sobre el hombre y su sociedad, especialmente en los países más avanzados del mundo, se está convirtiendo en la principal fuente del cambio contemporáneo”* (ET, pág. 33). De manera tal se estructura “una sociedad configurada en lo cultural, lo psicológico, lo social y lo económico por la influencia de la tecnología y la electrónica, particularmente en el área de las computadoras y de las comunicaciones. El proceso industrial ya no es el principal determinante del cambio social que altera las costumbres, la estructura social y los valores de la sociedad ... En la sociedad tecnotrónica el conocimiento científico y técnico no sólo aumenta la capacidad de producción, sino que rebasa rápidamente para *influir de modo directo en casi todos los aspectos de la vida*” (ET, págs. 33 y 34. El destacado es nuestro para remarcar el carácter total y estructurante que Brzezinski le otorga al fenómeno tecnotrónico). La era tecnotrónica es, por lo tanto, el reino del cálculo y de las comunicaciones; sin embargo, Brzezinski está lejos de caer en un materialismo tecnicista, para él (*y he aquí el optimismo de esta “nueva derecha”*), el uso de esas técnicas “subraya la importancia social de la inteligencia humana y la pertinencia inmediata del estudio”, al mismo tiempo que “aumenta la necesidad de integrar el cambio social” (otro *aprendizaje básico de la “nueva derecha” por sobre el desprecio y la insensibilidad de la derecha tradicional*). De aquí la primera gran advertencia de Brzezinski: “Por ello la ciencia acrecienta la pertenencia de valores, en lugar de reducirla, pero exige que se enuncien en términos que trasciendan las ideologías más burdas de la era industrial” (ET, pág. 34).

En principio aparecen aquí ya desplegadas tres o cuatro ideas básicas del pensamiento de Brzezinski y de toda esa “nueva derecha”:

1º) Lo científico y lo tecnológico dan y darán la tónica central del proceso civilizatorio.

2º) Lo anterior no debe ser entendido bajo la forma de una “deshumanización” ni de una “insensibilidad social” (porque se respeta y requiere la inteligencia humana y porque es más necesario que nunca “integrar el cambio social”).

3º) El reino de lo tecnotrónico marca el fin de las ideologías y muy especialmente de las ideologías de la era industrial (¿capitalismo y marxismo clásicos?).

4º) Dicho proceso no conculca la necesidad de valores, sino que los reclama en nuevo cuño.

Como se advertirá, se parte del mismo reconocimiento que la “nueva izquierda”, pero se extraen conclusiones diametralmente opuestas.

Contrastes entre la sociedad industrial y la tecnotrónica

No es aquí el lugar de desarrollar *in extenso* el pensamiento de Zbigniew Brzezinski –ya que el propósito de este trabajo es anotar el proyecto moral que subyace en él–; nos limitaremos entonces a esbozar sucintamente las oposiciones más evidentes que establece entre estos dos tipos de sociedades. Ello resulta también de utilidad para extraer –de su caracterización de la sociedad tecnotrónica– los problemas a que busca hacer frente la “nueva derecha”.

Lo primero que señala Brzezinski al respecto es que esta nueva revolución tecnotrónica se apoya en tres equivalentes de los grandes inventos del siglo XV que posibilitaron las otras grandes revoluciones (comercial, francesa e industrial). Allí donde las otras ubicaron la brújula náutica y el perfeccionamiento de la navegación a vela, la revolución tecnotrónica instaló “el salto al espacio que exige una capacidad acelerada de cálculo que no está al alcance del cerebro humano”. Como equivalente de la vieja pólvora, “la moderna física nuclear”; y en lugar de

la imprenta, “la *televisión* junto con las comunicaciones instantáneas de largo alcance”. Es así que el advenimiento de esta “era tecnotrónica” se apoya en la existencia de tres descubrimientos básicos: la carrera espacial, la física nuclear y la televisión. *Por lo tanto supone una sociedad global que ya es capaz de trascender los límites de su planeta; que posee una nueva y revolucionaria fuente de energía y poder (la nuclear) y que puede comunicarse instantáneamente a distancia.* Todo esto –y las ventajas e inconvenientes que de allí derivan– se aclarará más si presentamos esos grandes contrastes que Brzezinski establece entre la sociedad industrial y la tecnotrónica. Para ello podemos recurrir a las páginas 35 a 40 de *La era tecnotrónica*; las presentaremos en forma de sínosis a los efectos de una comprensión práctica (los destacados son nuestros)

Si se releen con detenimiento todos los subrayados que hemos realizado en la columna correspondiente a la “sociedad tecnotrónica”, pueden extraerse de ellos los problemas que ha detectado la “nueva derecha” –inherentes a la revolución tecnológica– para los cuales ha ensayado, y ensaya, diferentes respuestas.

Permítasenos volverlos a inventariar por separado pues constituyen, simultáneamente, sus límites y su programa de trabajo.

1º) El *reemplazo* de los individuos por la cibernética y la automatización, en el manejo de las máquinas.

2º) La *inseguridad psicológica* de los trabajadores manuales de la clase media baja por encontrar un lugar en la nueva sociedad.

3º) *Redefinición* de la educación, del conocimiento y del papel de las universidades.

4º) *Nuevas formas* del liderazgo político.

5º) *Sustitución de las ideologías* por otras formas de razonamiento y comunicación de los problemas

6º) *Alienación política* por parte de grandes sectores sociales y lucha por la *igualdad sexual* de las mujeres.

7º) Grandes masas de ciudadanos desorganizados que son fácilmente *influenciables por ideas carismáticas*.

8º) *Despersonalización* del poder político-económico y correlativo sentimiento de *impotencia individual*.

9º) Determinación de *finés humanos* para la ciencia y el uso de la naturaleza.

En síntesis, esta “nueva derecha” advierte con lucidez que tiene ante sí tres grandes problemas: el rescate del rol individual merced a su redefinición, el problema del liderazgo y de la organización social y la construcción de un pensamiento más allá de las ideologías.

Todo ello en medio de lo que Brzezinski llama “la paradoja de nuestra época”: esa mezcla explosiva de *unificación* (por medio de las comunicaciones) y de *fragmentación* (por “la disolución de las lealtades institucionales e ideológicas consagradas”). Un mundo cada vez más unido y, al mismo tiempo, cada vez más conflictuado y separado.

El proyecto moral de la era tecnotrónica y su filosofía del poder mundial

MENÚ

Mario C. Casalla

ÍNDICE

Sociedad industrial	Sociedad tecnotrónica
"la forma de la producción se desplaza de la agricultura a la industria y la máquina reemplaza al empleo del músculo humano y animal".	"la mano de obra industrial se traslada a los servicios y la automatización y la cibernética <i>reemplazan a los individuos que manejaban las máquinas</i> ".
los grandes problemas eran la ocupación y la desocupación, la urbanización y asegurar un bienestar mínimo a los asalariados.	los grandes problemas son "la obsolescencia de las especialidades, la seguridad, las vacaciones, el ocio y la participación en las ganancias". A ellos hay que agregarles "millones de trabajadores manuales de la clase media baja, <i>relativamente seguros pero potencialmente desorientados</i> ".
un objetivo era el acceso a la educación para desterrar el analfabetismo y luego impartir preparación técnica, "fundada generalmente sobre el razonamiento escrito, ilativo".	la educación ya es <i>universal</i> : tiene más importancia la selección cualitativa y "el problema esencial consiste en <i>descubrir las técnicas más eficaces para explotar racionalmente el talento social</i> ". Además, es casi permanente y audiovisual.
"el liderazgo social pasa de la tradicional aristocracia rural a la elite urbana. Su base es la fortuna recién adquirida y la competencia encarnizada suministra un desahogo y un estímulo para su energía".	"el liderazgo político, que a su vez está cada vez más copado por individuos que poseen <i>aptitudes especiales y talento intelectual</i> , enfrenta al predominio plutocrático. El conocimiento se convierte en instrumento de poder y la movilización eficaz del talento en un medio importante para conquistar el poder".
"la universidad es una torre de marfil distanciada del entorno".	"la universidad se convierte en un centro intelectual muy comprometido, en la fuente de constantes <i>planificaciones políticas e innovaciones sociales</i> ".
proliferación de las ideologías como forma de respuestas totales a los problemas sociales. Pensamiento conceptual estático, interrelacionado, afín con las ideologías.	privilegio de las <i>comunicaciones audiovisuales</i> . Prioridad de la lógica matemática y del razonamiento sistemático (en lugar de las ideologías).
"el problema de la participación política es lo esencial". Lucha por la igualdad política de los sexos.	"la alienación política se convierte en un problema". Lucha por la <i>igualdad sexual de las mujeres</i> (ya que la automatización las hace iguales, importando sólo el talento).
"los sindicatos y los partidos políticos organizan a las masas que acaban de adquirir derechos civiles y las unifican en torno de programas relativamente simples y más o menos ideológicos".	"la tendencia parece orientarse hacia la aglutinación del apoyo individual de <i>millones de ciudadanos desorganizados que caen fácilmente bajo la influencia de personalidades carismáticas y atractivas</i> ; personalidades que explotan eficazmente las últimas técnicas de comunicación para manejar emociones y controlar la razón".
personalización del poder económico.	despersonalización del poder económico. <i>Aumento de la fusión con el político</i> . Crece la sensación de la <i>impotencia individual</i> .
acumulación de bienes y riqueza personal como forma de realización social.	el "imperativo moral" se desplaza hacia la <i>aplicación de la ciencia a fines humanos y la calidad de vida</i> .

Segunda parte: el ideal de la “comunidad estable”

Descripto, en el apartado anterior, el modelo general de la nueva “era tecnotrónica” por la que atraviesa la humanidad y establecidas, en grandes líneas, las dificultades que una sociedad así debe resolver, corresponde ahora que nos aboquemos al tipo de soluciones que propone esta “nueva derecha” para hacer frente a todo ello. Dado que se trata de un *proyecto mundial* es necesario, en primer lugar, que presentemos un diagnóstico de la realidad política internacional. A partir de éste propondrá sus correcciones.

Aparece la “ciudad global”

Para Brzezinski lo primero a destacar es lo que él designa, acertadamente, “la paradoja de nuestra época”. La define en estos términos: “La paradoja de nuestra época consiste en que la humanidad está pasando, *simultáneamente*, por un proceso de mayor unificación y de mayor fragmentación. El tiempo y el espacio están tan comprimidos que la política global se encamina hacia formas más vastas y entrelazadas de cooperación, así como hacia la disolución de las lealtades institucionales e ideológicas consagradas... En estas circunstancias la contigüidad, en lugar de promover unidad, *genera tensiones* estimuladas por un nuevo sentimiento de congestión global” (ET, pág. 25). destacamos en esta cita el término “simultáneamente” y la expresión “genera tensiones”, por la relación causal que existe entre ambos. Lo paradójico, lo tremendo de esta era tecnotrónica, es que la unificación científico-tecnológica del mundo no va acompañada de su unificación moral sino, por el contrario, de una creciente soledad y enfrentamiento entre las partes de aquel todo (comunidad política internacional). El explícito anhelo de esta “nueva derecha” –como veremos con detenimiento más adelante– es pasar de la contigüidad científico-tecnológica a la contigüidad moral generando la “comunidad estable”. Por supuesto que sin revisar los fundamentos éticos de fondo que subyacen en la denominada civilización tecnotrónica, sino realizando los “ajustes” necesarios para que el proyecto pueda llegar a cumplirse sin inconvenientes. Parafraseando al célebre conde de Lampeduzza “cambiar todo para que todo sea igual”.

Continuemos con ese diagnóstico de la política internacional. En ese nivel, lo que ocurre es el advenimiento de un “nuevo tipo de política internacional”: los teóricos de la nueva derecha lo definen como el paso de una “era clásica de la política internacional” a otra de “proceso político global”. En la primera, “los armamentos, las comunicaciones, la economía y la ideología tenían esencialmente *envergadura nacional*”; ahora todo adquiere esas dimensiones de *globalidad*. Brzezinski compara este cambio con “el que tuvo sus orígenes en la aparición de los grandes centros urbanos”; lo que ahora surge es la gran urbe mundial, la “ciudad global”. En ella se multiplican y disuelven las lealtades y se genera un sistema “que incluye simultáneamente la guerra limitada y la convivencia” (¡lo de Hobbes pero proyectado a nivel mundial!). Al mismo tiempo, en este nuevo juego político internacional, no juegan sólo los estados (aunque formalmente así parezca) sino las grandes corporaciones internacionales, las multinacionales de tipo ideológico, económico o religioso y los organismos formales de ese mismo carácter (OEA, ONU, etc.). Lo que el propio Brzezinski llama “los pequeños jugadores”, quedan sumidos o representados por aquellos grandes bloques.

Una tercera característica de este nuevo orden político internacional es la aparición de técnicas más *policiales* que militares para resolver los problemas de la “ciudad global”. En principio, los problemas se toleran “mientras su escala internacional se detenga debajo de la amenaza de los grandes intereses”; cuando se produce un paso más allá, “los métodos que se emplean para enfrentar los conflictos internacionales –dice Brzezinski– empiezan a parecerse mucho a los que se utilizan para enfrentar los disturbios urbanos” (ET, pág. 28). Sólo que ahora la “ciudad” es el orbe, y los ejércitos de los “grandes intereses” su policía. La finalidad última: mantener el equilibrio al menor costo y con la mayor utilidad.

Esto del “equilibrio” es fundamental y con una apelación a ello cierra nuestro autor su descripción de la “ciudad global”. Dice al respecto que el gran problema de ésta es que “se relajan los sentimientos de lealtad a la nación”, enfatizando la necesidad de “*encontrar alguna fórmula de equilibrio que se le aproxime*”. La “nueva derecha” advierte con lucidez que la sensación de pertenencia a una “patria” (estado/nación) es lo que da cohesión básica a una comunidad; disuelto

lo “nacional”, su gran problema es asegurar la lealtad a lo “internacional”, a esta neutra “ciudad global” que no es de nadie y, al mismo tiempo es de todos. Se puede llegar a dar o arriesgar la vida por la nación, pero ¿cómo insuflar de ese mismo sentimiento respecto de lo multinacional?

El problema de los “guetos globales”

Por supuesto que esta “era tecnotrónica” y los beneficios de la ciencia y de la técnica, no se dan en la misma forma y con la misma intensidad en todos los sectores de aquella “ciudad global”. Brzezinski no vacila en afirmar que *“El tercer mundo es víctima de la revolución tecnotrónica”* (ET, pág. 71) y ve en ello un peligroso factor de “desequilibrio” que puede llegar a poner en tela de juicio la salud del sistema. Otro problema a resolver: el de los “guetos globales” dentro de la “ciudad global”. Esta nueva derecha ya no acepta sin más la hipótesis del control militar de esos guetos y plantea, premonitoriamente, que “en un mundo electrónicamente intercomunicado, el subdesarrollo absoluto o relativo será intolerable, en especial cuando los países más avanzados empiecen a superar la era industrial en la que los países menos desarrollados todavía tienen que ingresar” (ET, pág. 71). El gran peligro del caso es que “la resignación pasiva deje paso a estallidos activos de ira espontánea” y en esto “el pronóstico general no es optimista”. Más aún, señala Brzezinski, “aunque se cumplan los vaticinios más optimistas, sigue en pie el hecho de que por mucho que se mejoren en algunos sentidos las condiciones materiales de vida del Tercer Mundo, estas mejoras no podrán marchar a la par de los factores que alimentan el cambio psicológico” (ET, pág. 75). En síntesis, que los hombres del Tercer Mundo como *verán* cada día más, *querrán* cada día más; lo cual entra en conflicto con lo que la “ciudad global” está dispuesta a entregarles. Allí aparece el peligro de la “alternativa marxista” si este “capitalismo social” de la nueva derecha no es *capaz* de resolver el problema. Al respecto señala Brzezinski: “El vacío resultante lo llena una pseudointelectualidad nativa, sobre cuyas ideas influyen las doctrinas de Frantz Fanón, Régis Debray, el Che Guevara y otros. El marxismo europeo del siglo XIX, dirigido originariamente a un proletariado urbano, es adaptado románticamente a las condiciones de los

guetos globales del siglo XX, sumidos en el atraso industrial" (ET, pág. 86). Frente a esto es incompleto intentar resolver el problema –dirá Brzezinski– recurriendo tan sólo a la "asistencia económica de origen internacional"; se trata de un "remedio parcial para una condición que tiene profundas raíces psicológicas además de materiales".

Según la "nueva derecha", así como es menester encontrar esa nueva mística por lo internacional (en reemplazo de las disueltas lealtades nacionales), resulta también necesario que los "guetos globales" recuperen su confianza en la "ciudad global" y aprendan a esperar el turno de su propio desarrollo.

Estados Unidos: conejillo de indias

Frente a todos los desafíos anteriores, Zbigniew Brzezinski enfatiza el papel de los Estados Unidos para crear ese nuevo orden internacional capaz de frenar, canalizar o absorber los conflictos. Considera a su país como el "principal propagador global de la revolución tecnocrónica"; aunque no se le escapa su carácter de "ambivalente": a pesar de buscar la estabilidad y el orden internacional "promueve inconscientemente la inestabilidad, la impaciencia, la frustración". Esto es aprovechado por el comunismo que va a su zaga capitalizando "errores y frustraciones nacidas de la influencia que Estados Unidos ejerce sobre el resto del mundo". Esto último puede ser superado –y esto es lo que propone Brzezinski– revisando crítica y creativamente la estructura de funcionamiento (nacional e internacional) de los Estados Unidos; sin embargo, apunta, es indudable el papel de líder que los Estados Unidos están llamados a ejercer en el nuevo orden tecnocrónico. Como fundamento aporta cuatro notas decisivas: a) es el país que aporta más fondos para ello; b) es el pueblo con mayor acceso a la educación; c) ejerce un "magnetismo profesional" sobre la élites científicas del mundo; d) el 65 por ciento de las comunicaciones mundiales tienen su origen en ese país. En función de este liderazgo científico-tecnológico, Brzezinski deduce su seguro papel de líder en el mundo tecnocrónico.

Sin embargo, la cosa no será fácil ni mecánica y le implicará hondos desafíos y transformaciones al propio coloso norteamericano. Brzezinski escribe su obra *La era tecnocrática* a fines de la década de los sesenta y la publica en 1970, basado en aquella convicción es que propone a su pueblo: “La proximidad del segundo centenario de la Declaración de la Independencia justificaría la convocatoria de una convención nacional constituyente encargada de reexaminar el encuadre institucional formal de la nación” (ET, pág. 391). Es el momento del gran “diálogo nacional” (¡oh difundida expresión latinoamericana!), para “ajustar” a los Estados Unidos y eliminar el componente ambiguo de su papel de vanguardia en el nuevo orden que contribuye a fundar. Y dicho “ajuste” es imprescindible porque “ya no es posible una discrepancia profunda entre la conducta exterior de una sociedad democrática y sus normas interiores ... una nación interesada en la justicia social y la adaptación tecnológica no puede dejar de adoptar la misma actitud comprometida en el plano internacional” (ET, pág. 387).

Y es precisamente a raíz de estos “ajustes” que Brzezinski (y con él los jóvenes de la nueva derecha) propone para la sociedad norteamericana, donde quedan en claro algunos de los ideales civilizatorios de esta “era tecnocrática”. Lo hace bajo el sugestivo título sintético de “*pluralismo participatorio*” y nosotros aquí recogeremos sólo algunos rasgos que nos parecen esenciales (cf. ET, págs. 391 a 408). La moderna sociedad tecnocrática se estructuraría a través de cuatro estímulos fundamentales: la planificación; la descentralización; la armonización progresiva de lo público y lo privado y la cogestión como nueva forma de la propiedad. Todo ello daría el marco y los fundamentos para una “democracia participatoria” –a nivel político– y para un “humanismo racional” –a nivel de pensamiento–.

El “pluralismo participatorio”

Curioso título el adoptado por Brzezinski ya que sintetiza muy bien la conciencia de esta “nueva derecha” norteamericana. Por un lado, con el sustantivo “*pluralismo*”, deja en claro su desconfianza a los autoritarismos de viejo cuño

(fuente permanente de resentimientos y, en consecuencia, de inestabilidad); por otro, apelando al adjetivo “participatorio”, muestra su anhelo de *consenso* como freno, también, a las clásicas rebeliones contra las elites encaramadas en el poder. La “nueva derecha” supera a la vieja usanza y plantea un régimen de creciente y ordenada participación (reservando, por cierto, para otra “elite democrática” la conducción del pluralismo y la fijación de las reglas del juego). Se acabó la época del “garrote” y comienza la de los “derechos humanos”.

La primera necesidad básica de este “pluralismo participatorio” es la *planificación*. Ella es además una consecuencia de la creciente organización tecnotrónica de la sociedad. Dice al respecto Brzezinski: “... la sociedad moderna necesitará cada vez más planificación. El manejo deliberado del futuro norteamericano se expandirá y *el planificador se convertirá eventualmente en el principal legislador y manipulador social, desplazando al jurista*” (ET, pág. 393). Lo segundo es la *descentralización* del poder del estado; a ella la califica Brzezinski como “una necesidad urgente del proceso demográfico” y espera que “estimule la afluencia de personal más idóneo y una mayor participación en la toma de decisiones”. Lo tercero consiste en “atenuar las divisiones tajantes entre las instituciones públicas y las privadas”; esto, como veremos, se combina muy bien con lo anterior y tiende a *redefinir críticamente la idea clásica del estado-nacional* (como al pasar apunta Brzezinski: “a muchos europeos les resulta difícil entender las funciones que desempeñan instituciones como la Tennessee Valley Authority o la Fundación Ford”). Finalmente, tenemos otra redefinición básica, la del problema de la *propiedad*. En esto Brzezinski aspira a ponerse más allá del comunismo soviético o del tradicional capitalismo norteamericano y, con admiración no disimulada por alguna experiencia europea, habla de una *cogestión* que implica “no sólo la participación en las ganancias sino también, cada vez más, la intervención en la toma de decisiones” (ET, pág. 395). En síntesis, otra manera de lograr consenso por participación para minimizar la posibilidad del estallido social (el gran enemigo de la estabilidad buscada).

Pero bien miradas, estas cuatro características del orden tecnotrónico podrían reducirse sólo a dos: planificación y reducción creciente del estado-nacional

en la organización y control de la vida social. Y esto último es clave, ya que se ensambla perfectamente con aquel diagnóstico del declinar definitivo de los estados-nacionales que la nueva derecha incorpora como componente privilegiado en su carta de situación. Se razona así: ya que las nacionalidades están perimidas como unidad política de la "ciudad global", los estados no pueden ser más el motor y control de la vida social. *Lo primero crea el reino de lo "multinacional"; lo segundo le establece un nuevo conductor: los intereses particulares* (que por "pluralismo participativo" representarán lo "común"). Como se advertirá: ¡una digna coronación de la modernidad occidental!

La democracia sin partidos políticos

Sobre este "pluralismo participatorio" se apoya un nuevo orden político: la *"democracia participatoria"*. En esto la "nueva derecha" es hábil ya que, como lo reconoce el mismo Brzezinski, se trata de lo mismo "que algunos miembros de la Nueva Izquierda postularon a fines de los años 1960" (ET, pág. 387). Sólo que, por supuesto, con otros contenidos y con otros métodos; sobre ello señala nuestro autor: "Irónicamente, es probable que esta democracia participatoria se materialice mediante una simbiosis progresista entre las instituciones de la sociedad y el gobierno y no mediante los remedios que propugna la nueva izquierda: la expropiación económica y la revolución política, dos panaceas netamente anacrónicas de la era industrial pasada" (ET, pág. 397).

En su concepto, dentro de esta "democracia participatoria", estarán también totalmente perimidos los partidos políticos. En su lugar irán apareciendo "los *intereses organizados* locales, regionales, urbanos, profesionales y de otro tipo", los que "se convertirán en el pivote de la acción política y se formarán coaliciones nacionales cambiantes sobre una base ad hoc, en torno de problemas específicos de trascendencia nacional". En esto también coincide con la "nueva izquierda" que, alentada por un marxismo "hippie", hablaba de los "grupos de gestión" o "de base".

Se generará así una *democracia sin partidos políticos*, en la que el lugar de aquéllos será ocupado por los *intereses organizados*. Por supuesto que esto –cuyos peligros saltan a la vista– es perfectamente amalgamable con aquel declarar perimidas a las nacionalidades y con la lenta desaparición del estado en función de las grandes corporaciones privadas. Todo se acopla perfectamente: suplantar las naciones por las multinacionales; los estados, por las corporaciones privadas y los partidos políticos, por los intereses organizados. *El objeto último es la “ciudad global”, sin nacionalidades ni patrias, sin estados y sin partidos políticos de tipo ideológico*. Por supuesto que todo ello recubierto de las mejores declaraciones: fomento de la cooperación, incentivo de la actividad personal, cese de las polémicas estériles y toda esa serie de argumentos que es frecuente escuchar en estos casos.

La nueva filosofía: el “humanismo racional”

Esto se corola, por cierto, con una “propuesta filosófica” (de alguna manera hay que llamarla, aunque el término “filosofía” también pertenecería al ideológico ámbito de lo perimido). Brzezinski la denomina *“humanismo racional”* y deposita en ella un optimismo generoso: “el empuje tecnológico y la riqueza económica de los Estados Unidos permiten expandir el sentido del concepto de la libertad e igualdad, pasando de lo formal y exterior a las órbitas personal e interior de la existencia social del hombre. Al subrayar más deliberadamente estos aspectos cualitativos de la vida, Estados Unidos podría eludir la amenaza de despersonalización inherente a la mecanización autogeneradora pero filosóficamente neutra del ambiente y podría construir un marco social para la síntesis de las dimensiones exterior e interior del hombre” (ET, pág. 404). En síntesis, este “humanismo racional” sería el *resultado* del progreso tecnotrónico en el área de lo material y, a su vez, estaría llamado a matizar dicho materialismo introduciendo en el proyecto su contenido “espiritual” y la necesaria complementación entre lo “exterior” y lo “interior”

Buscando precisarlo aún más, Brzezinski lo define como “el producto del violento conflicto entre el personalismo irracional de los humanistas y la racionalidad impersonal de los modernizadores” (ET, pág. 404). Ambos son componentes ideológicos activos de la tradición intelectual y política norteamericana y nuestro autor los caracteriza así: “El primer grupo, del que emana buena parte de la retórica de la comunidad literaria, los activistas estudiantiles y los liberales doctrinarios, comparte la tradición del escepticismo y descreimiento que tanto contribuyó a terminar con la hegemonía religiosa y filosófica del país preindustrial sobre los valores del país industrializado y procura reforzar esta tradición con un nuevo énfasis en la emoción y el sentimiento” (a este grupo adosa, por supuesto, la “nueva izquierda”). En cuanto al segundo grupo dice: “está formado típicamente por los nuevos ejecutivos empresarios, el *establishment* gubernamental-comercial y los *hombres-organización* científicos, procura combinar el interés egoísta con un énfasis frío en la innovación racionalista”. De este último también acota que “aleja a los jóvenes idealistas” porque no es capaz de proporcionarles una “justificación emocional o filosófica satisfactoria” (ET, página 405). Alejado del uno y del otro, el “humanismo racionalista” propugnado sería una combinación armónica de razón y emoción, tanto como de libertad y organización planificada. Entusiasmado por tan importante meta filosófica, Brzezinski lo ve ya en gérmenes en ciertas tendencias que atribuye al pueblo norteamericano contemporáneo: una conciencia internacional que impulsa a trascender “las preocupaciones puramente nacionalistas”; la tendencia a interpretar los conflictos de esa comunidad internacional “como casos humanos y no como enfrentamientos políticos entre el bien y el mal”; un idealismo público “despojado del deseo utópico, impaciente y a menudo intolerante de resolver inmediatamente todas las cuestiones de primera magnitud”; el enfrentar los problemas de la ciencia y el comprender a ésta “como una herramienta idónea para abordar los problemas humanos”; finalmente, el fino planteo de la complejidad de los problemas, descartando las soluciones eternas y universales. En esto último encuentra Brzezinski otra de las grandes posibilidades de este “humanismo racional” ya que, al asumirse como “históricamente contingente” y superar así las vanas pretensiones de las ideologías del siglo XIX, “es probable

que el humanismo racional tenga más validez que las respuestas anteriores a los problemas sociales". Al respecto no duda en afirmar que el "humanismo racional naciente, aunque vedado a menudo por polémicas apasionadas, forma parte de la *revolución cultural* que ha estado viviendo Estados Unidos, una revolución cultural más perdurable y profunda que la que dio origen a la expresión" (ET, pág. 407).

Con esta somera caracterización del "humanismo racionalista", Brzezinski finaliza la descripción de los componentes claves de la nueva sociedad tecnotrónica. Sumariamente podrán ser representados así:

nivel social = democracia participatoria
 nivel intelectual = pluralismo participatorio
 nivel político..... = humanismo racional

Con estos tres elementos, necesarios de afianzarse en los "ajustes" de la nueva sociedad norteamericana, podemos abordar el corolario de su sistema: la *comunidad-internacional estable* basada en la gestión del conjunto de naciones desarrolladas.

Una comunidad estable de naciones desarrolladas

Cuando Brzezinski realiza un repaso detallado del actual estado y perspectivas de las relaciones internacionales (ET, cap. XVII), elabora la siguiente síntesis: "una postura fundada sobre consideraciones ideológicas ya es anacrónica; no es probable que la base de un nuevo sistema internacional sea un eje norteamericano-soviético; las esferas de influencia tradicionales son cada vez menos viables; el determinismo económico en relación con los países menos desarrollados o con *los* estados comunistas no suministra una base sólida para la política; las alianzas regionales contra las naciones individuales empiezan a ser obsoletas; la presencia militar norteamericana de gran magnitud en el exterior empieza a ser contraproducente para los intereses norteamericanos

y para el desarrollo de una comunidad internacional; la maquinaria diplomática norteamericana, perfeccionada en la era pregloba y pretecnocrática, ya es arcaica y debe ser modernizada a fondo" (ET, págs. 426 y 427). Frente a todos estos "no", hay que computar también su pensamiento respecto de América Latina. En esto la "nueva derecha" también es innovadora: "La idea de que existe una *relación especial* entre EE.UU. y América Latina también está condenada a decaer. El nacionalismo latinoamericano, que es cada vez más radical a medida que se ensancha su base popular, desplegará una hostilidad creciente contra Estados Unidos, a menos que este país modifique rápidamente su postura"; para lo cual aconseja expresamente que "sería sensato que EE.UU. *renuncie expresamente a la doctrina Monroe* y admita que, en la nueva era global, la contigüidad geográfica o hemisférica ya no tiene por qué ser decisiva en lo político" (ET, pág. 430). El panorama y las predicciones son por cierto claros y, en gran medida, se vienen cumpliendo desde su formulación a comienzos de la década de los setenta. Lo importante es la faz positiva de este proyecto tecnocrático en cuanto a propuesta para tantos males y restricciones. Aquí, la fórmula del actual asesor de política exterior de la Casa Blanca es *la construcción y el fortalecimiento de la "comunidad estable de naciones desarrolladas"*. Curiosamente, a esta parte muy concreta del proyecto, apenas se le dedica el último capítulo de la obra que comentamos; sin embargo, es desde lejos el corolario de todo lo que se ha venido exponiendo. Concretamente habla Brzezinski del esfuerzo "*para forjar una comunidad de naciones desarrolladas que abarque a los estados atlánticos, los estados comunistas más avanzados y Japón*" (ET, pág. 442); aunque los pilares visibles más importantes, en una primera etapa serán los EE.UU., la Europa occidental y el Japón (a los que luego se pueden ir sumando aliados tácticos y estratégicos). Ello implicará "terminar con la guerra civil que ha dominado la política internacional de los países desarrollados durante los últimos ciento cincuenta años", de lo que se beneficiaría el propio Tercer Mundo y contribuiría decisivamente a la paz mundial. Brzezinski ya avizoraba, en los comienzos de los años setenta, que a tal alianza había que darle "una expresión institucional", aunque sutilmente advertía que "no sería prudente tratar de crear prematuramente demasiados compromisos de integración" (ET, pág. 444). Sería "algo más que la OECD, porque

operaría en un nivel superior y también se ocuparía de la estrategia política”, pero “más difuso que la NATO porque no trataría de forjar estructuras militares y políticas integradas.” Concretamente pensaba entonces en “formar al principio sólo un *consejo consultivo de alto nivel para la coopeperación internacional*, que congregaría regularmente a los *jefes de gobierno del mundo desarrollado para discutir problemas comunes*”.

A esta altura, el lector advertirá que aquellos deseos y sugerencias de los comienzos de la década de los setenta (seguramente elaborados en la anterior), han cobrado ya forma y apellido. No se trata de los jefes del gobierno del mundo desarrollado reunidos en un consejo estable, sino de algo diferente pero acaso más *estratégico*: la Comisión Trilateral, que reúne a los banqueros y a las grandes multinacionales y centros de estudios e investigación privados. Vio la luz pública en Tokio, en 1973, su convocante fue *David Rockefeller* y su *primer presidente el propio Zbigniew Brzezinski*. Tres años después el sonriente Jimmy Carter era elegido presidente de los EE.UU. (como miembro y con el apoyo fabuloso de la “Comisión Trilateral”) y, junto a él, entraba en la Casa Blanca Brzezinski, y todo su equipo de jóvenes tecnócratas, para instalarse en el vital cargo de asesor de seguridad y política exterior que hasta ese momento había desempeñado el original Henry Kissinger.

Terminaba la era de los libros y empezaba la época de la acción. El brillante investigador y docente universitario del Instituto de Investigaciones sobre Asuntos Comunistas de la Universidad de Columbia (y ya presidente de la Comisión Trilateral), está ahora ejecutando –desde el gobierno de la primera potencia mundial– lo que antes escribió en su obra *La era tecnocrática*. Algo así como ver cumplido el sueño de todo intelectual con vocación política: acceder a una posición de poder desde la cual se pueda concretar las ideas elaboradas en el terreno de la teoría. Y muchas cosas, por cierto, han pasado en el mundo y en los EE.UU. en esos tres años de la administración Brzezinski-Carter. La “nueva derecha” tiene algunos motivos para sentirse orgullosa, aunque no triunfadora totalmente. Pero hablemos un poco de los entretelones de aquella “Comisión Trilateral”.

El poder detrás del trono

Esta corporación económica y política, que este año cumplió sus primeros seis de existencia, ha dejado ya de ser objeto de conversación “entre entendidos” para pasar a ocupar un lugar de privilegio dentro de las elucubraciones de la opinión pública a nivel mundial. Ya casi todo el mundo habla de la Comisión Trilateral y ello, en parte, confundió un poco las cosas. Mucho es lo que se sabe de este organismo fundado por David Rockefeller –presidente del Chase Manhattan Bank– en 1973, pero mucho es también lo que se ignora acerca de sus objetivos últimos. Para algunos, la Comisión Trilateral es una especie de factor mágico que, desde un segundo plano, mueve todos los hilos de la política internacional contemporánea; en cambio otros han tendido a restarle influencia y a considerarla una poderosa agrupación de banqueros, pero con una muy relativa influencia en el orden político y militar. Sin duda que ambos tienen en parte razón: evidentemente la presencia activa de la Comisión Trilateral (sobre todo desde la asunción de la administración Carter en los EE.UU.) ha dado en buena medida la impronta de mucho de lo sucedido en el mundo occidental en los últimos tres años, pero también es cierto que, dentro de los distintos factores de poder que presionan sobre las actuales relaciones internacionales, la Comisión Trilateral no es el único importante. A fuerza de arrojar algo de luz sobre el asunto, vale la pena echar una mirada retrospectiva sobre esta institución y marcar alguno de los jalones importantes de su historia.

Fue el 23 de octubre de 1973 cuando aproximadamente 200 invitados se encontraron reservadamente en la pujante capital japonesa. La iniciativa de esta primera reunión global –como ya dijimos– correspondió al norteamericano David Rockefeller y entre los asistentes más destacados se encontraban representantes de firmas como Coca-Cola, Bank of America, Texas Instruments, Bendix-Caterpillar, Pechiney, Banque de París et de Pays Bas, Edmond de Rothschild, Giovanni Agnelli, (presidente de Fiat) el director del Club de Roma, Fujino y Raymond Barré (entonces primer ministro de Francia).

A ellos hay que agregarles la mayoría de las multinacionales japonesas dueñas de casa. De esta reunión fundacional salió el respaldo para el primer director de la Comisión, el polaco naturalizado norteamericano Zbigniew Brzezinski, actual asesor del presidente Carter en asuntos internacionales y autor de la muy difundida "era tecnocrática". Lo que fue capaz de convocar y unificar intereses económicos tan diversos fueron un par de convicciones básicas y ciertas medidas prácticas derivadas de ellas. Aquellos hombres de negocios de tres continentes estaban de acuerdo en dos puntos políticos fundamentales (aunque sus intereses económicos inmediatos fueran competitivos y hasta antagónicos): en primer lugar, lo que ellos denominaban la "decadencia de los estados-nacionales" como unidad política para el manejo de las relaciones internacionales; en segundo lugar, la caducidad del "imperialismo militar" de viejo cuño, como forma de protección de sus intereses en los países donde operaban.

De lo primero diría textualmente el primer director de la Trilateral: "El concepto de interés y soberanía nacional sólo era viable mientras las naciones estaban suficientemente separadas en el tiempo y en el espacio, conservando el margen de maniobra y la distancia necesaria para mantener sus necesidades independientes"; según esa posición y dados los cambios fundamentales operados en el terreno de las comunicaciones y de la defensa, "las reivindicaciones nacionalistas, aunque todavía potentes, se están diluyendo". Además, la penetración económica y el manejo cultural a través de aquellos medios de comunicación han tornado anacrónico y poco ventajoso el procedimiento de mandar tropas al extranjero cuando algún gobierno nacional se muestra "inamistoso". Para aquellos hombres fundadores de la Trilateral se imponían entonces dos cosas: la propuesta de una política mundial global (como superación de las nacionales "perimidas") y la adopción de un programa atrayente al mundo subdesarrollado, el que, unido a una distensión entre los desarrollados, asegurará la paz mucho más que un batallón de "marines". Al mismo tiempo se deja en claro que son las *empresas multinacionales la nueva unidad del poder mundial* que reemplazarían en un futuro próximo a los estados-nacionales. Un asistente a aquella reunión de Tokio, A. Bauler (director de estudios

del "Council of Foreign Relations", una de las instituciones "culturales" auspiciadas por el clan Rockefeller) lo dijo con todas las letras: "Los bancos internacionales y las corporaciones multinacionales deciden, actúan y planifican en términos que llevan mucha ventaja a los conceptos políticos del estado-nación".

Antecedentes de la Trilateral

Sin duda que una estructura como la de la Trilateral no surgió de la nada, ni de la noche a la mañana. En realidad, la reunión de Tokio en 1973 fue el resultado de la fusión de dos intereses que ya habían logrado realizaciones en ese tipo, los *Rostschild* y los *Rockefeller*, unos en Europa y otros en los Estados Unidos. El pionero fue lord Víctor Rostschild, propietario en gran parte de la *Shell*, quien convenció a la reina Juliana de Holanda (dueña del resto de la compañía petrolera), acerca de la importancia de propiciar un acuerdo político-económico entre los intereses multinacionales. Así, entre el 29 y el 31 de mayo de 1954, se desarrolló en Oosterbeek (Holanda) un primer cónclave reservado a la alta finanza europea y norteamericana. Como el escenario fue el hotel Bilderberg, aquellas conferencias recibieron el nombre de cónclaves BIL y así se caracterizó también a sus personajes. En los veinticuatro años siguientes se realizaron no menos de cuarenta "cónclaves", algunos en Europa y otros en América. ¿Quién acompañó a lord Rostschild en la "patriada" de abrir el camino de las multinacionales? Pues como correspondía, su principal competidor norteamericano, los Rockefeller, dueños de la *Standard Oil*. En ellos recayó la representación americana de los BIL y, de inmediato, la "Fundación Carnegie para la Paz Internacional" (financiada por los Rostschild, los Rockefeller y la reina Juliana) asumió el patrocinio jurídico y la financiación de los BIL en todo el mundo. Con el transcurrir de los años, aquella sofisticada coordinación de intereses económicos se transformó en la propuesta política mundial que expresa la actual Comisión Trilateral. En realidad se trata de una rama de los BIL, fundada a propuesta de Rockefeller y en convivencia con aquella estructura madre.

El Club de Roma

Es interesante, considerado como otro antecedente de la Comisión Trilateral. Muy anterior a ésta y un poco posterior a los BIL, se fundó en 1959 por inspiración del presidente de la Fiat, Giovanni Agnelli (después también fundador de la Trilateral) y se lo reputa como la organización madre del proyecto económico, político y cultural de orden supranacional más importante de Europa. Sus célebres "modelos" alcanzaron vasta difusión internacional (incluido nuestro país, a través de organismos colaterales) y creada ya la Comisión Trilateral, le sirve de apoyatura europea a sus proyectos. Pensadores y científicos de la talla de Jan Tinbergen, Premio Nobel de Economía; de Franco Malfatti, ex ministro de Educación de Italia y de Raymond Barré, ex ministro de Economía francés, son algunos de los numerosos colaboradores del Club. El objetivo básico de esta institución, tal cual lo enunciará su "alma mater", Aurelio Peccei, es "crear la comunidad internacional". Como se advertirá, ello se apoya en uno de los supuestos fundamentales de la Comisión Trilateral como lo es la denominada "decadencia del estado-nación" en su papel de organismo capaz de generar una convivencia internacional válida. Agotadas las "soberanías nacionales", lo que quedaría es el vasto espacio multinacional que las corporaciones de ese tipo están dispuestas a ocupar y el Club de Roma a planificar. Los países subdesarrollados se incluirán en dicho "modelo" multinacional por necesidad imperiosa o por convicción doctrinal, pero fuera del mismo no habría lugar para alternativas de desarrollo independiente y soberano. Este Club de Roma, que en un principio expresaba la voz de los BIL europeos, se reunió en la Comisión Trilateral una vez que fueron vencidas las resistencias entre los dos grandes bloques internos (americanos y europeos).

El Consejo para las Relaciones Internacionales

Es otra de las grandes organizaciones que paralelamente trabajan para la Comisión Trilateral. Lo hace en los EE.UU. y su especialidad es formar políticos y diplomáticos capaces de enfrentar las decisiones de la política exterior. Este consejo data de 1919 y fue inspirado en la obra de John Ruskin y del legendario

capitalista colonial Cecil Rhodes. Su fundador fue Jacob Schiff James Warburg y hoy día es financiado por el grupo Rockefeller. De este "Consejo para las Relaciones Internacionales" han egresado importantes funcionarios del Departamento de Estado, tales como Dean Rusk y John Foster Dulles; generales como Andrés Goodpaster (comandante de la OTAN), Matew Rideway y W. S. Westmoreland (que comandó las fuerzas norteamericanas en Vietnam); políticos, como W. F. Fullbright, Mac Namara, Arthur Schlesinger, H. Cabot Lodge, Averell Harriman y W. Rostow. Con tales antecedentes y nombres, está claro que este consejo fue uno de los principales inspiradores de la política exterior norteamericana de los últimos veinte años y, en carácter de tal, era el representante de los EE.UU. frente a los BIL europeos inspirados por lord Rostschild. Creada en 1973 la Comisión Trilateral, el Consejo es hoy una de sus más logradas fuentes de recursos humanos.

Para destacar su peso político, basta con recordar estos números: de los 81 miembros de la rama norteamericana de la Comisión Trilateral, 42 son miembros del Consejo y de los 148 representantes que las multinacionales norteamericanas enviaron a las conferencias europeas BIL (entre 1954 y 1975), 95 eran miembros activos de esta institución. Por lo demás, la rama japonesa de la Trilateral (cuyo grupo rector lo encabeza S. Hará, presidente del Bank of Tokio, y K. Kobayashi de la Nippon Electric) parece inclinada a respaldar la política del Consejo, aunque evitando compromisos demasiado importantes.

El primer gran paso: Carter presidente

Realizados aquellos acuerdos fundamentales de Tokio en 1973 la Comisión Trilateral advirtió que nada de ello sería posible sin tomar el gobierno de los EE.UU. (la primera potencia occidental), con un hombre de su total confianza. Rockefeller y sus amigos sabían que la elección presidencial de 1976 sería crucial para su proyecto y trabajaron en ella con todos sus recursos económicos y políticos. Primero se impuso una visita al presidente republicano Ford, pero luego se lo descartó por el desprestigio que el Watergate había traído para su partido y por el rechazo de los sindicatos.

Se necesitaba pues un candidato demócrata, pero el problema era aquí

que ese partido se encontraba muy tensionado por la polarización ideológica entre una derecha populista (Wallace) y una izquierda liberal (Mc. Govern). Ante ello se le consultó al viejo Harriman y éste aconsejó elegir como fórmula de conciliación a un hombre del sur pero carente de una ideología destacada; con ello se esperaba calmar las encrespadas aguas de liberales y conservadores. No hubo que buscar mucho, pues ese hombre estaba dentro mismo de la Comisión Trilateral y cumplía con los dos requisitos señalados por Harriman. Era el entonces gobernador de Georgia, Jimmy Carter.

No hacía mucho había dicho, refiriéndose a sí mismo: “Yo no soy un ideólogo y no se puede decir jamás por adelantado cuál será la posición que tomaré”. Era el hombre ideal para “hacerlo” presidente y contaba además con ese magnetismo juvenil que tanto había gustado del difunto John Kennedy. Sin mayores antecedentes políticos, fue candidato y luego presidente y junto con él entraron en la Casa Blanca el presidente de la Comisión Trilateral, Zbigniew Brzezinski, y su equipo. A partir de entonces, la historia ya es más conocida.

Algunas primeras observaciones

Aclarada la formulación teórica del proyecto tecnocrático y mostrado su soporte político (la Comisión Trilateral), correspondería ahora formular ciertas observaciones críticas sobre este modelo de las relaciones internacionales. Por cierto que escapa a los límites de este trabajo de presentación de un problema tan vasto, realizar un análisis demasiado minucioso o pormenorizado. Dado que en uno próximo volveremos sobre esto, nos limitaremos ahora a trazar ciertas coordenadas básicas.

1) Lo primero que es dable observar es que se trata de una formulación teórico-práctica pensada *desde y para el mundo altamente desarrollado y tecnificado* y que, en consecuencia, no contempla las necesidades y aspiraciones genuinas de los pueblos “rezagados” de la historia (o como se los quiera denominar). En dicho modelo tecnocrático, estas últimas naciones están

sempiternamente condenadas a un segundo papel y a una brecha creciente que las separa de la punta del progreso civilizatorio.

2) Que se maneja el criterio de *estabilidad* (loable por lo demás) como si fuera un valor en sí mismo, sin contemplar mayormente las necesidades básicas de igualdad, justicia y libertad. La “estabilidad” pregonada en el modelo tiene mucho de común con la “paz de los sepulcros” y beneficia casi unilateralmente a la comunidad de naciones altamente desarrolladas.

3) Que en todas las formulaciones campea una suerte de “*optimismo tecnológico*”, faltando una valoración más profunda del fenómeno de la ciencia y de la técnica. Se atiende, más bien, a su impacto civilizatorio en el orden fáctico y estadístico. En esto, inversamente, se repiten ciertos preconceptos de la “nueva izquierda”.

4) Que la idea del “pluralismo participatorio” y de la “democracia participatoria” (sin partidos políticos y basada en la gestión de los “intereses organizados”) contiene elementos *totalitarios* y sumamente peligrosos para el desenvolvimiento de una comunidad en paz y justicia. Además, no deja de respirarse aquello de “cambiar todo para que todo siga igual”.

5) Que la explicitación de ese “humanismo racional”, que fundamentaría en el plano especulativo el andamiaje político del “pluralismo participatorio”, resulta una enumeración muy superficial de caracteres “filosóficos”. Hasta donde se ve, una mezcla y reincidencia en tendencias ideológicas que se pretenden superar.

6) Finalmente, que la supuesta obsolescencia del estado-nación y su reemplazo por grandes corporaciones de intereses multinacionales no es un fenómeno histórico “natural”, sino *impulsado* por las necesidades de esa “comunidad internacional de naciones desarrolladas” en su lucha y expansión por los mercados.

Por cierto que estas observaciones críticas que, como dijimos, ampliaremos en un próximo trabajo, no invalidan las grandes ideas de la paz, la cooperación internacional y el progreso científico-tecnológico como metas válidas para el

progreso y mejoramiento de la civilización. Simplemente advierten algo que merece ser pensado con un mayor detenimiento y en función de nuestros legítimos intereses.